



# La Santa Sede

---

LA MISA MATUTINA TRANSMITIDA EN DIRECTO  
DESDE LA CAPILLA DE LA CASA SANTA MARTA

## *HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO*

**"Pecadores, pero en diálogo con Dios"**

*Martes, 10 de marzo de 2020*

**[[Multimedia](#)]**

---

### **Palabras al comienzo de la Misa**

Seguimos rezando juntos por los enfermos, por los operadores sanitarios, por tanta gente que sufre esta epidemia. Recemos al Señor también por nuestros sacerdotes, para que tengan el valor de salir e ir hacia los enfermos, llevando la fuerza de la palabra de Dios y la Eucaristía, y acompañar a los operadores sanitarios y a los voluntarios en este trabajo que están desempeñando

### **Homilía**

Ayer la Palabra de Dios nos enseñaba a reconocer nuestros pecados y a confesarlos, pero no sólo con la mente, sino también con el corazón, con un espíritu de vergüenza; la vergüenza como una actitud más noble ante Dios por nuestros pecados. Y hoy el Señor nos llama a todos los pecadores a dialogar con Él (cf. *Is 1,10.16-20*), porque el pecado nos encierra en nosotros mismos, hace que nos escondamos o esconde nuestra verdad, dentro. Esto es lo que le pasó a Adán y Eva: después del pecado se escondieron, porque se avergonzaron; estaban desnudos (cf. *Gn 3,8-10*). Y el pecador, cuando siente vergüenza, luego tiene la tentación de esconderse. Y el Señor llama: «Venid y discutamos —dice el Señor—» (*Is 1,18*); “hablemos de tu pecado,

hablemos de tu situación. No tengas miedo”. Y continúa: «Aunque tus pecados sean como la escarlata, se volverán blancos como la nieve; aunque sean rojos como la púrpura, serán como la lana». “Venid, porque soy capaz de cambiarlo todo —nos dice el Señor—, no tengáis miedo de venir a hablar, sed valientes incluso con vuestras miserias”.

Me viene a la mente ese santo que era muy penitente, que rezaba mucho. Y trataba siempre de darle al Señor todo lo que el Señor le pedía. Pero el Señor no estaba contento. Y un día se enfadó un poco con el Señor, porque tenía mal carácter el santo. Y le dice al Señor: “Pero, Señor, no te entiendo. Te doy todo, todo, y siempre estás insatisfecho, como si faltara algo. ¿Qué falta?” “Dame tus pecados: eso es lo que falta”. Tener el valor de ir con nuestras miserias a hablar con el Señor: “Venid y discutamos. No tengáis miedo”. «Aunque tus pecado sean como la escarlata, se volverán blancos como la nieve; aunque sean rojos como la púrpura, serán como la lana» (v.18).

Esta es la invitación del Señor. Pero siempre hay un engaño: en lugar de ir a hablar con el Señor, fingir que no somos pecadores. Eso es lo que el Señor reprocha a los doctores de la ley (cf. *Mt* 23,1-12). Estas personas «todo lo hacen para que los vean: agrandan las filacterias y alargan los flecos de sus mantos; les gusta ocupar los primeros puestos en los banquetes y los primeros asientos en las sinagogas, ser saludados en las plazas y oírse llamar “mi maestro” por la gente». La apariencia, la vanidad. Cubrir la verdad de nuestro corazón con la vanidad. ¡La vanidad nunca se cura! La vanidad no sana jamás. Además, es venenosa, sigue llevando la enfermedad a tu corazón, llevándote a esa dureza de corazón que te dice: “No, no vayas al Señor, no vayas. Quédate”

La vanidad es precisamente el lugar para cerrarse a la llamada del Señor. En cambio, la invitación del Señor es la de un padre, de un hermano: “¡Ven! Hablemos, hablemos. Al final soy capaz de cambiar tu vida del rojo al blanco”.

Que esta palabra del Señor nos anime; que nuestra oración sea una verdadera oración, de nuestra realidad, de nuestros pecados, de nuestras miserias. Hablar con el Señor. Él sabe, Él sabe lo que somos. Lo sabemos, pero la vanidad siempre nos invita a taparlo. Que el Señor nos ayude.